

Pakistán al borde del abismo

LA VANGUARDIA, editorial, 28.12.07

EL brutal asesinato de Benazir Bhutto, líder de la oposición de Pakistán, a menos de dos semanas de la celebración de las elecciones legislativas, amenaza la estabilidad y el proceso democrático de un Estado clave en la geopolítica mundial. El atentado causó ayer verdadera conmoción en las principales capitales internacionales, ya que sume el futuro de ese país en una gran incertidumbre. Los comunicados de condena de la mayoría de las cancillerías fueron acompañados de llamamientos para que se mantengan los planes de democratización.

Pero ya nada será igual porque Bhutto, líder del Partido Popular de Pakistán (PPP), era la candidata favorita para alzarse con la victoria en la cita electoral prevista para el 8 de enero y para asumir el cargo de primera ministra. Desde ese cargo estaba destinada a regir los destinos del país junto con el general Pervez Musharraf, que fue reelegido presidente el pasado noviembre. Los dos habían pactado repartirse el poder, bajo el beneplácito y con el apoyo de Estados Unidos, principal aliado de Pakistán.

Bhutto ha fallecido a los 54 años víctima de un terrorista suicida al término de un mitin en la localidad de Rawalpindi, en un atentado que ha ocasionado también la muerte de veinte de sus seguidores. Había sido primera ministra de su país entre 1988 y 1990 y entre 1993 y 1996. Esta mujer valiente y decidida sabía perfectamente que con su reciente regreso a Pakistán, después de ocho años y medio de exilio, se jugaba la vida. Pero estaba dispuesta a correr el riesgo para contribuir a la

estabilización y modernización de su patria. "Salvar Pakistán" era el eslogan que defendía y que ya no podrá llevar a la práctica.

El mismo día en que volvió a pisar tierra pakistaní, hace tres meses, el 18 de octubre, ya fue objeto de un sangriento atentado en Karachi en el que murieron 140 personas. Entonces Bhutto avisó al general Musharraf de las intenciones de atentar en su contra por tres antiguos mandos del régimen militar del general Zia ul Haq, en el poder entre 1977 y 1988, que fue quien precisamente derrocó y mandó ejecutar a su padre.

Pero difícilmente se conocerán los verdaderos autores del atentado de ayer, ya que los enemigos de Bhutto, una dirigente prooccidental, eran legión en un país que es la cuna del radicalismo islamista y donde los grupos terroristas, como la propia Al Qaeda, se mueven con una gran facilidad, hasta el punto de que se sospecha que incluso están infiltrados en el ejército. Los seguidores de Bhutto habían denunciado que las medidas de seguridad de las fuerzas del orden en torno a su líder eran del todo insuficientes.

El atentado contra Bhutto, que había advertido que el país se encuentra al borde de la desestabilización, es un triunfo del extremismo islamista y debilita también - todavía más- al propio presidente, Pervez Musharraf, que recientemente renunció a la jefatura de las fuerzas armadas dentro del proceso democrático en curso para dar paso a un gobierno civil. Bhutto era, en este sentido, la gran esperanza para la democracia en Pakistán y una pieza clave de la estrategia de Estados Unidos para estabilizar el país que ahora se ha desmoronado.

La situación que presenta Pakistán después del magnicidio de ayer resulta, pues, sumamente preocupante no sólo para el propio país, sino para todo el mundo. No hay que olvidar que es una potencia nuclear que cuenta con 160 millones de habitantes, la inmensa mayoría musulmanes, que da cobijo al mayor núcleo de islamismo radical del mundo, incluido Bin Laden, y que mantiene un histórico enfrentamiento con India. De momento en el país se ha declarado el estado de alerta para evitar la propagación de los disturbios.